

UN MES.

Madrid 4
Provincia 5

UN AÑO

Madrid 40
Provincia 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuacion de todas estas obras.

NAPOLEON Y EL ZAPATERO.

ANECDOTA.

La juventud de un grande hombre ha llamado siempre la atención del universo; y así es que experimentamos cierto placer en leer ó contar las penalidades, los trabajos, los sinsabores, que un hombre de talento ha tenido que arrostrar antes de conseguir la gloria y los honores. Así es, que estimamos más á esos hombres ilustres que envanecen á una nación, cuando sabemos que han tenido que luchar de continuo con el hambre, la miseria y las preocupaciones de su siglo. Ved al inmortal Colón reputado por loco y despreciado como tal, luchando con las preocupaciones más arraigadas. A Beaumarchais componiendo relojes, antes de ser rico y digno preceptor de las hijas de Luis XIV, antes de ver sus obras *El matrimonio de Figaro*, *El Barbero de Sevilla*, apreciadas cual mercancías. . . . A J. J. Rousseau copiando música para tener que comer, en una boardilla. El pensar esto, es bien triste; pero es cierto.

Bonaparte, que no había sido siempre el hijo mimado de la fortuna, como sus apologistas nos lo han querido pintar, se ha visto también sujeto á la ley general. He aquí sobre el particular una anécdota muy curiosa y poco conocida, que un antiguo senador, amigo nuestro, nos ha referido y que vamos á contaros con la brevedad posible, para ejemplo de los menestrales, y socorro de los cesantes, en cuyo número tengo la desgracia de contarme.

El 18 de marzo de 1796 (año cuarto de la república francesa) dos jóvenes se paseaban juntos en las galerías del Palacio Real, ó *Palacio-Igualdad* (*Palais-Égalité*) como entonces se llamaba; sus levitas enteramente abrochadas los daban fácilmente á conocer por militares. Su porte sencillo y serio á un tiempo excluía toda idea de rivalidad con esos elegantes que entonces denominaban *currutacos muscadins*, que mimbreado sus bastoncillos, saltaban y hacían gestos en los paseos, á fin de llamar la atención de los paseantes. Uno de nuestros oficiales, embozado en su corbata, el sombrero encajado hasta las cejas, parecía querer evitar todas las miradas; el otro más alegre, lanzaba curiosas miradas, menos á las bellas que pasaban, que á las ricas y bien surtidas tiendas que encontraban.

Por fin se detuvo ante la muestra de un sastre, y enseñando á su compañero un capote azul sin ondulados pliegues:

—Ahí tienes, le dijo, un capote que me vendría á mí á las mil maravillas; de buena gana le cambiaba por el mío. Pero amigo, el crédito se acabó, y la patria está oprimida; vámonos de aquí, vámonos. . . . ¡muy triste es el verse reducido á carecer de lo necesario, cuando se tiene por deudor al que nunca debería hacer aguardar á sus acreedores!

—¿Hablas del Estado, no es verdad? tienes razón. Y nuestros atrasos son necesarios para completar nuestro equipo. Que quieres, ¿no es bastante que le sacrificemos la vida en el campo de batalla? es preciso también vivir con privaciones después de la victoria. . . . Si al menos tuviese yo botas. . . . tendría paciencia por tu capote.

—Los sastres y zapateros están intratables ahora; no se les puede uno acercar sin el dinero en la mano, y gracias si aun de este modo sirven bien y con exactitud.

—Su ridícula desconfianza la tienen hasta de los pagarés del tesoro.

—Vamos, esto es muy engorroso. Mejor harían nuestros fabricantes de leyes si abriesen un crédito á los oficiales en casa de los sastres, zapateros, pasamaneros y demás espendedores de arreos militares, que tanta falta nos hacen. Sin eso, apenas si los soldados tendrán almadreñas;

—¿Qué posición tan atroz la mía!

—¡Oh! si estuviésemos en Estrasburgo, ya estabas tu aviado. Allí tenía yo el zapatero más hombre de bien y menos perseguidor del universo; pero estamos muy lejos, y tú muy apurado.

—Dentro de tres días partimos. . . . dentro de tres días, ¿lo oyes?

—Ahora que me acuerdo, aguarda, exclamó el otro al instante. Yortimann de Estrasburgo tiene un hermano en París; vamos allá: vive en la Plaza del Palacio de Justicia. Yo lo arreglaré todo, le diré que su hermano ha tenido á bien fiarme por más de 300 francos, que entre paréntesis se los debo aun, y que él, sin deshonrarme no puede rehusar el servir á un general en jefe. Aunque te hiciesen falta diez pares de botas, te los prometo yo ahora.

El joven general se sonrió con un aire entre burlón é incrédulo, y dijo:—Te aseguro que no tengo la confianza que tú; vamos á verle; además yo no pido fiado, puesto que tengo derecho de hacer bonos contra el tesoro.

—Si él te conociese, preferiría tu palabra.

Dirigieronse los dos amigos á la Plaza del Palacio de Justicia, y á poco divisaron una gran bota roja dominando la tienda verde del zapatero Yortimann. A la entrada les saludó el menestral con la fórmula usual, tratando de afrancesar lo más posible su lenguaje alsaciano.

—¿En qué puedo servir á vds., caballeros?

—Buenos días, Yortimann, ¿cómo va de salud? dijo el que había garantizado el celo y buena voluntad del artesano.

—Bastante bien, caballeros.

—¿Y el hermano de Estrasburgo, á tenido usted noticia?

—¿Conoce vd. á mi hermano?

—Mucho, mucho, me ha calzado largo tiempo: ¡aquel si que es un hábil zapatero! y tan contento he quedado de él, que espresamente vengo á buscaros, persuadido de que la fraternidad será completa entre vds.

—Vd. me favorece demasiado. ¡Ah! mi hermano era un buen hombre, y hubiera muerto rico; pero. . . .

—¡Ha muerto! interrumpió con prontitud el interlocutor.

—Si señor, ha muerto, y muy pobre; trabajaba siempre de fiado.

Los dos amigos se miraron, y el joven general, al oír estas palabras, figurándose que el zapatero y él no vendrían á entenderse, se disponía á salir; cuando su camarada encargado del negocio le detuvo por el brazo, y dijo á Yortimann:

—Le traigo á vd. á un amigo, el señor general, que se digna ser vuestro parroquiano. En vísperas de partir, necesita algunos pares de botas. ¿Puede vd. hacérselas en el menos tiempo posible?

—El señor general. . . . el señor general, replicó el artesano admirado al ver un hombre tan joven revestido de tan alta dignidad; será servido con presteza, estoy á sus órdenes.

Trajo al instante el registro destinado á recibir los nombres y señas de los que le favorecían con su confianza. El general tomó una pluma y se dispuso á poner su nombre.



Napoleon, emperador.

y me parece que los generales se pasarán de calzado como te sucede á tí.

—¡Vive Dios, que esto es imposible! . . . Te aseguro que no será siempre lo mismo.

—Muy bien, pero entre tanto no tiene Vd. botas, señor general en jefe; y corre V. E. gran riesgo de ir descalzo á mandar su ejército desnudo.

—Dentro de tres dias me llevará vd. esos seis pares de botas, señor Yortimann, le dijo.

—Si... si, general, repuso con viveza, y esté vd. seguro de que quedará contento.

—No lo dudo.

—Su gracia de vd.

—El general Bonaparte.

—Bo... Bo... Bonaparte, tartamudeó el zapatero paseando sus miradas sobre los dos jóvenes.

—Bonaparte, si, Yortimann, general en jefe del ejército de Italia, que su amigo Lulerc, del décimo de cazadores, trae á vuestra tienda.

—Señores, es demasiado honor el que....

—Bien, bien, señor Yortimann, sed exacto, es cuanto exijo de vos, dijo Bonaparte.

Los dos amigos se retiraron.

—Ya ves, dijo Lulerc, que no me habia equivocado... ya tienes lo que querias... ¡qué dichoso eres! No me sucede á mí asi, que tendré que llevar aun mi capote acibillado de balazos; pero á la verdad no tengo yo como tú el derecho de dar libranzas contra las cajas del gobierno.

Tres dias despues, Lulerc entraba en casa del jóven general anunciando al zapatero. Bonaparte salió de su cuarto, donde el criado hacia el equipage, y dirigiéndose á Yortimann, examinó las botas, alabó el trabajo, y despues se probó una.

—Me va perfectamente... estoy contento... seré su parroquiano, maestro... y mi parroquia será buena, os aseguro... será buena, repitió apoyando en estas palabras.

El Flemático aleman no comprendia, y siguiendo todos los movimientos del general, desapiadadamente le presentaba la cuenta con su recibi en forma.

—¿Qué es eso? dijo Bonaparte.

—La cuenta.

—¡Ah! si... siéntese vd., señor Yortimann, voy á dar vd. un bono contra el tesoro.

—¡Un bono! murmuró el zapatero de mal humor.

—Es oro en barra, tonto, interrumpió Lulerc.

—Mejor quisiera otra cosa... plata por ejemplo. Desde los asignados (1), el papel moneda no corre entre el pobre pueblo. Vds. perdonen... pero...

—Este bono será pagado, testarudo.

—Temo ser como mi hermano, y aunque alsaciano, sobre el particular soy suizo; sin dinero no hay botas.

Exasperado por esta conducta Lulerc se disponia á administrar una correccion al desconfiado zapatero, cuando Bonaparte le hizo seña, y separando con el pie las botas que se habia provado

—Nunca me sirvo, dijo, de los que dudan de la probidad del gobierno; piense vd. mal, si le acomoda, de su pais, pero respete el nuestro. Salga vd... y le volvió la espalda dejándole avergonzado de su conducta.

El 21 de marzo salió de Paris Bonaparte sin botas. Estaba tan exhausto el tesoro de la república, que á duras penas 48,000 francos fué cuanto entre el general y el secretario pudieron realizar, y esta fué la cantidad que bastó á Napoleon para conquistar la Italia y llegar al imperio.

En Niza hizo distribuir el general en jefe á los generales para ayudarlos á entrar en campaña mil francos en metálico; cosa extraordinaria para todos; tal era la escasez del numerario. Los soldados iban descalzos, el material del ejército se encontraba en un estado deplorable. A escepcion del valor y buena disciplina de los regimientos, nunca se habia visto ejército mas miserable.

Cuando se presentó Bonaparte, ya se dejó ver el hombre destinado á mandar á los demas; todo cambió de aspecto. Uno de los caracteres distintivos del mando de Bonaparte, fué la habilidad, la energía, la pureza de su administracion, su odio á las dilapidaciones, el absoluto desprecio de sus propios intereses.

Pero volvamos á nuestro zapatero,

El 13 de diciembre de 1799, le dió al pobre Yortimann un ataque de locura, y gracias á los cuidados que le prodigaron, esta crisis no tuvo

(1) *Asignats*, papel moneda republicano que llegó á perder mas de un 85 por 100.

todas las consecuencias que eran de temer. Acababa de saber el pobre artesano, que el general en jefe habia sido nombrado primer cónsul. Desde esta época, la elevacion de Bonaparte fué rápida; nombrado cónsul vitalicio el 2 de agosto de 1802, era coronado emperador el 2 de diciembre de 1804.

El carruaje del emperador volvia de Nuestra Señora de Paris, cuando al pasar por frente á la calle de Harlag, se oyó la detonacion de un arma de fuego. La turba se agolpó á la casa para saber que motivaba tan siniestro ruido en un dia de fiesta nacional. Era el pobre Yortimann que se habia levantado la tapa de los sesos. Una carta hallada sobre la chimenea, manifestó á su muger é hijos el motivo de este suicidio; la desesperacion: «He perdido mi porvenir, decia, *hubiera podido ser rico, el destino me habia hecho zapatero del emperador, y por mi culpa no lo cuento entre mis parroquianos. Ya nada me queda que hacer en la tierra. A Dios, esposa, hijos míos, á Dios, perdonadme. Hace tiempo que la existencia me pesaba, y no he podido soportarla mas.*»

Un mariscal del emperador, que habia ido á informarse del motivo de la explosion, cuyo ruido habia llegado hasta Napoleon; vino á manifestarle lo que habia sucedido.

—Pobre Yortimann, dijo el emperador, no tiene él la culpa. ¡Esta es una nueva víctima de las ideas del siglo!

Despues, volviéndose al mariscal del palacio: —No echeis en olvido, señor mariscal, el inscribir en el número de los pensionistas de mi bolsillo secreto á la viuda de Yortimann; á mí me toca enjugar las lágrimas del pueblo francés.

Hace unos dias referí esta anécdota á mi sastre que desapiadadamente me perseguia por cierta cuentecita que tenemos pendiente, sin querer aguardar á la próxima paga, y sin considerar que pertenezco á la gran familia de los cesantes. El efecto fué mágico, y ayer se presentó en mi casa habitacion con una levita nueva para mí, diciendo: que en nuestra última entrevista habia reparado que la que yo llevaba estaba un poco gastada, que su importe lo añadiría á la cuenta (para mi cuenta emplea este digno artesano, el papel continuo de la nueva fábrica Tolosana), y que el todo lo satisfaria en mejores tiempos. De gran socorro me ha servido la tal levita; pues la mia para los frios que corren, hace algunos meses que se habia quedado bastante calva, y no afirmaré que no fuese tambien un si es no es risueña.

NOTA. Suplico á los señores cesantes, mis dignos compañeros, que si tratan de levantarme una estatua por este aviso importante, que sea con la levita nueva debida á la munificencia de mi sastre.

LA PREDICCION DE LA GITANA.

CUENTO FANTASTICO.

En una de las mas hermosas tardes de la primavera; de esas tardes que en España respiran por todas partes dulzura y melancolia, una muger, jóven aun, seguia con trabajo la estrecha senda que conducia al sitio en que estaba colocada una imágen de Nuestra Señora.

Los pedazos de las rocas y la arena de las montañas arrastradas por las lluvias, detenian su marcha y la hacian cada vez mas penosa. Ya próxima á ser madre, el cansancio la obligaba algunas veces á detenerse para descansar. Pero una dulce esperanza la sostenia; y cuando se halló cerca de la santa imágen, lo olvidó todo para no pensar mas que en la súplica que venia á hacer á la protectora de las madres.

Habia deseado ardientemente aquel hijo; una fé viva le habia hecho esperar que obtendria esta gracia por la intercesion de la que vela sobre las almas piadosas. Arrodillada entonces sobre la piedra que habia recibido las ofrendas de los peregrinos, oró con fervor, pidiendo la proteccion de la Madre de Dios para ella y para su hijo. De repente cree percibir un ligero ruido; levanta los ojos y á lo diáfano de la claridad de la luna, cuya luz no enturbiaba una sola nube, creyó ver una ligera sonrisa en los labios de la imágen.

Penetrada de una dulce confianza, se levantó muy despacio y miró con atencion á la que habia hecho nacer en su corazon un sentimiento tan consolador: despues se dirigió á su morada y se abandonó á la felicidad que sentia. Su esperanza se cumplió, pues tuvo un hijo á quien puso por nombre Antonio. Un limonero se plantó junto á la imágen el mismo dia del nacimiento del hijo que tanto habia deseado; y mas tarde este árbol prestaba su sombra á la virgen de la Montaña.

En la misma aldea y muy poco tiempo despues, nació de otra honrada familia, la niña Clara. Hija de la naturaleza, era tan hermosa y tan admirable como ella; á su semejanza, es todo amor y dulzura la jóven aldeana. Antonio fué el amigo de su infancia y en breve el dueño de su corazon.

La jóven educada en ideas de virtud, conocia toda la influencia del objeto amado, y un sentimiento de delicadeza y de pudor, la hacia conducir á Antonio al lado de la Virgen de la Montaña. Allí escuchaba sin temor las conversaciones, allí no temia nada, ni aun en esas plácidas y misteriosas noches del verano, á las cuales el amor presta tantos encantos. Su protectora estaba allí y no podia abandonar jamás á los que confiaban en ella.

El dia de la fiesta del santo patron, Clara entregó á su amante un anillo de plata que habia tocado el sepulcro de un santo mártir.

Al recibirle Antonio, pidió la mano á Clara, que bajo tan piadosos auspicios, le prometió amor y fidelidad. La jóven fué á ocultar su rubor en el seno de su madre; pero cuando esta dijo al jóven pastor: «Sed en buen hora mi hijo querido» los ojos negros de Clara se inundaron de felicidad, y su pecho creyó poder respirar libremente, y revelar á todo el mundo el inocente y puro amor que abrigaba.

La época de su union acaba de fijarse. Clara escoge las mas bellas flores, y teje con ellas una corona que va á ofrecer á la Virgen de la Montaña. Su ofrenda es pura como su corazon. Mira con enternecimiento los lugares en que ha estado con su futuro esposo, y el nombre de Antonio escrito en el limonero que se plantó el dia de su nacimiento, y estos dichosos recuerdos aumentan su felicidad y la inundan de nuevo gozo.

Pero de repente las ramas se abren; una muger de aire singular con las miradas fijas y penetrantes, los cabellos en desorden y la marcha irregular, se aparece bruscamente á la prometida.

—«Antes de pocos dias Antonio abandonará estas montañas, dijo una voz terrible.» Una risa sardónica siguió á esta funesta prediccion. La jóven presta su oido repetidas veces, y todo permanece en silencio; pero aquella voz resuena en el corazon de Clara: ella le ha dicho que su amante va á partir. Entonces se vuelve á su cabana triste y silenciosa: sus esperanzas se han marchitado en flor. Antonio abandonará la montaña. La gitana lo ha dicho.

Algunos dias despues de estos sucesos, se esparcen en la comarca rumores de guerra. Se habla mucho del número y del poder de los enemigos que van á invadirla.

Las miradas de Antonio están llenas de un noble ardor; su corazon late con violencia: Clara ha notado la súbita resolucion de su amante. Es muger y tiembla; pero es española y estrechando á Antonio contra su corazon, le dice:

—Parte, si tal es tu decision: tú volverás victorioso y entonces seré tuya: entonces nada podrá ya separarnos.

El jóven español se provee de armas, y envuelto en una capa parda dice adios á su madre y esposa y se dirige al punto en que los valientes de la montaña han acordado reunirse para combatir á los enemigos que amenazan destrozar y saquear la comarca.

Clara corre con la velocidad del gamo y sube á una montaña, desde donde aun puede ver á su amante: desata su delantal y le agita de un lado á otro: un arma brillante, reflejando los rayos del sol, contesta á su saludo: esta era la escopeta de Antonio. Bien pronto desaparece detrás de una roca. Clara se queda sola en la montaña: su corazon se oprime con violencia. Apoyada contra un árbol mira alrededor de sí, ¡oh sor-

presal está al lado del limonero de Antonio. La corona que habia ofrecido á la Virgen pocos dias antes de su partida, estaba tambien allí.

Clara la toma en sus manos con amargura y esclama: ¡Has durado mas tiempo que mi dicha!

Distraida y absorta en su meditacion, arranca algunas flores que crecian al lado de un sance y las arroja despues lejos de si. El agua del torrente las arrastra y su amarillenta espuma hace desaparecer bien pronto sus brillantes colores y el olor suave que esparcian.

Este torrente ¿no es la imágen de aquellas pasiones tumultuosas que destruyen con rapidez las dulces y brillantes ilusiones de un corazon jóven y sin esperiencia?

Todos los dias se dirige Clara al sitio en que por última vez vió desaparecer á Antonio entre las rocas. Mira al limonero: este árbol cautiva su corazon. Es tierna, es ademas un tanto supersticiosa y cree que la vida de su amante está unida á la de aquel árbol. Va á la corriente inmediata y trae agua con que regar el objeto de su inquieta solicitud. La imágen y la fuente que le presta sus cristales, son alternativamente objeto de sus visitas. La devocion y el amor se unen en el corazon de la jóven, y despues que ha hecho pasar por entre sus dedos las cuentas de su rosario, y terminado sus oraciones, su primera idea, al volver á sí misma, es el recuerdo de su prometido esposo.

Algunas veces cree ver entre las rocas los pliegues de una capa parda: cree oír pasos precipitados, como los de un viajero que al percibir la techumbre de su cabaña espera ver á su anciana madre y á la que posee todo su amor. Clara se levanta muda y agitada, mirando hácia todas partes; pero conoce que todo esto no es mas que una ilusion de su alma. Entretanto el tiempo pasa: Antonio no vuelve y esto inquieta y alarma á todos. Su amada mira al limonero, cuyas ramas están siempre verdes y sus flores siempre hermosas. Esto la consuela y en esto confía porque ve en el limonero al hermano gemelo de Antonio: mira al camino por donde partió y dice: «el volverá.»

Pasado algun tiempo, los compañeros de Antonio que marcharon con él, regresaron á la aldea; pero él no los acompañó. El limonero se marchita, sus hojas amarillean, se secan y caen. La esperanza se acaba por dias en el alma de Clara. Hace por reanimar su árbol querido; pero sus cuidados son infructuosos, y el ruido de las hojas secas que pisan sus delicados pies llega á lo íntimo de su alma como un presentimiento funesto.

Una tarde se habia detenido demasiado en su solitaria escursion, y volvía á su cabaña silenciosa y agobiada por una cruel inquietud. Se preparaba una tormenta, y el viento abrasador del Mediodia inclinaba la negra cabellera de la jóven sobre su cara cubierta de lágrimas. De repente se detiene, ha creído oír una carcajada de risa semejante á la que poco antes de la partida de Antonio habia herido su corazon.

— «¡Tu amante no volverá!»

Dijo una voz ronca y salvaje, y á la luz de un relámpago Clara conoció á la gitana. Agitada por un horroroso presentimiento á que teme dar crédito, se dirige á casa de la madre de Antonio. Llega y ve sobre la mesa un anillo de plata. Es el mismo que dió á su amante el dia que recibió su promesa nupcial. Ve tambien arrojados sobre la mesa la faja encarnada y la capa oscura que llevaba cuando salió la última vez. Un grito hasta entonces sofocado salió con violencia de su pecho.

— «¡Ha muerto!» dice y las lágrimas de la madre le hacen conocer la certeza de su desgracia. Estrecha contra sus labios el anillo de plata, lo envuelve en la faja que ella le habia tejido y sale de la rústica morada precipitadamente.

Reina una lúgubre y profunda oscuridad, solo interrumpida por el siniestro resplandor de los relámpagos. Los truenos se suceden con rapidez, y este ruido terrible y magestuoso es repetido por el eco de las montañas.

El agua cae á torrentes y anega la senda que guía al caminante cuando por la mañana sale cantando sus alegres romances. El viento silba entre las rocas con violencia inesplicable. El trueno ruge, los relámpagos brillan, el granizo se estrella con fuerza contra las rocas, y por intervalos la campana del convento inmediato ha-

ce resonar sus ecos para avisar á los viajeros extraviados que allí encontrarán un abrigo contra las tempestades de la naturaleza, asi como pueden hallar un refugio contra las tormentas del corazon.

Clara nada ve, nada oye; no siente mas que su pena, y un instinto de amor y desesperacion la conduce á la montaña, y al sitio donde está la imágen. Un relámpago le hizo ver el limonero, y entonces se precipita sobre él y le abraza gritando «¡oh, Antonio mio, vuelve!» Despues, y como arrepentida de aquel acceso, dirige sus miradas á la Virgen en quien ella ponía sus esperanzas, la que recibió sus votos y tal vez la abandonó porque dió crédito á las predicciones de una hechicera. Ya nada tiene que esperar. — «¡Virgen santa, misericordia y perdon! dijo por la última vez. El eco repitió este último acento de su alma acongojada; pero Clara no lo ha podido oír ya.

A la mañana siguiente Clara no parecia y esto escitaba la ansiedad general. Búscanla por todas partes pero en vano; al fin se encontró al pie del limonero el cuerpo inanimado de la jóven pastora. El viento habia echado sobre ella las hojas secas de que habia despojado á su árbol querido.

La Virgen de la Fuente existe aun; pero Clara, Antonio y el limonero han desaparecido hace tiempo. Las plantas silvestres crecen sobre la tierra que recibió el postrer aliento de la malograda jóven; la cruz que se puso en ella, está cubierta de musgo, y el viento de las tempestades la ha ido inclinando poco á poco hácia la tierra en que se habia ocultado un corazon tan lleno de ternura y de pasion.

MISCELANEA.

PIEDAD FILIAL DEL JOVEN MANLIO. La historia romana está llena de rasgos admirables propios para elevar el alma, ó convertirse en útiles lecciones. Voy á referir uno que ha de causar placer á cuantos conocen los dulces afectos que unen los hijos á sus padres y madres.

Manlius imperiosus, habia mostrado durante su dictadura un carácter duro, violento y lleno de altanería: habia llegado su demasia hasta hacer azotar con varas á muchos ciudadanos. Así es, que habia llegado á ser el objeto del odio general. Apenas cesó en el cargo, los tribunales del pueblo lo llamaron á juicio. M. Pomponio, uno de estos, presentó la acusacion, insistió particularmente sobre la crueldad que Manlio ejercia, no solamente con las personas estrañas, sino tambien con sus parientes y aun con su hijo. Le afeaba que lo tenia como á un esclavo en una de sus casas de campo, condenado á trabajos serviles, en la edad en que un jóven romano debia instruirse en las cosas que convenian á su nacimiento, en la ocasion tambien en que debia oír los debates de la plaza pública y adquirir gloria en los ejércitos. ¿Y por qué delito es tratado con este rigor? añadió Pomponio: ¿por qué no habla con facilidad! Un padre, si tuviese alguno de los sentimientos naturales, ¿no debería trabajar en corregir suavemente semejante defecto, mas bien que hacerlo mas notable por la dureza que usa con su hijo? los animales mismos, no alimentan con menos cuidado y cariño á sus hijuelos que tienen alguna deformidad. Manlio por el contrario; añade á un mal otro mal, y si hay en su hijo una sola centella de virtud, él la estingue. Llévase con su educacion servil, con esa vida rústica que parece reducir ese desgraciado jóven al trato de los animales.

Estas invectivas sublevaron á todos los ciudadanos contra Manlio, á quien ya odiaban, y no se duda habria sido condenado á un fuerte castigo, á no ser por un acontecimiento que nadie podia esperar. El jóven Manlio, instruido de lo que pasaba, no pudo sufrir lo tomasen por pretexto para hacer á su padre odioso. Quiso por una accion ruidosa, dice Tito Livio, hacer conocer á los dioses y á los hombres que lejos de favorecer á los acusadores de su padre, estaba por el contrario decidido á defenderle con peligro de su vida. Tomó, pues, una resolucion, que á la verdad se resentia de su educacion agreste, y que podia ser de un ejemplo peligroso. Una ma-

ñana, sin decirlo á nadie, se viene á la ciudad armado con un puñal, y va derecho á casa de Pomponio. Este tribuno estaba todavia en la cama; avisado de que el hijo de Manlio queria hablarle, y persuadido de que vendria á darle las gracias ó sugerirle algun nuevo motivo de acusacion, le hizo entrar al instante.

El jóven romano viéndose solo con el tribuno, saca un puñal de debajo de su túnica, y levantándole sobre él, jura, le dice con voz amenazadora, jura no reunir la asamblea del pueblo para acusar á mi padre... Pomponio que veía el acero brillar contra su pecho, y que consideraba la fuerza del que lo tenia, se apresuró á hacer el juramento que se le exigia: mas á penas se vió libre de este terrible jóven, corre á la plaza, reúne al pueblo, refiere lo que ha pasado, y pide que se le declare libre de su juramento.

Los romanos sabian apreciar una accion generosa. Les conmovió ver á un hijo que solo habia recibido un trato rigoroso de su padre exponerse sin embargo al mayor peligro para salvar á este padre de quien tenia que quejarse. No quisieron poner la atencion en lo que su conducta tenia de censurable, no tomaron en consideracion mas que el sentimiento sublime que la habia dictado, y lo premiaron. El jóven Manlio fué ascendido al grado de tribuno de legion.

EL FAISAN DORADO. Faisan de la China ó faisán tricolor (*phasianus pictus*, Linn.): es una de las aves mas notables por la belleza de su plumage. Su vientre es de color de fuego; tiene en la cabeza un hermoso copete, que se levanta y se dilata cuando el animal experimenta una viva emocion de amor ó de cólera; el iris, el pico, los pies y las uñas son amarillos; adorna su cuello un gran collar anaranjado salpicado de negro; la parte superior de la espalda es verde, y amarillas la inferior y la rabadilla; las alas rojas con una bella mancha azul; su cola cenicienta es muy larga y forma varias particiones; las plumas de las alas dobladas cada una en dos planos, se cubren unas á otras como las tejas de una azotea.

La hembra, como la de todos los faisanes, no se parece en nada al macho. Su cola es mas corta; carece de colorido, y su plumage es diversamente salpicado de gris ó de moreno.

Como lo he dicho ya, el faisán dorado es originario de la China, pero allí como aquí es un ave de patio, á lo menos para los viajeros; de donde se sigue que son desconocidas sus costumbres en estado salvaje. Buffon opinaba que no era mas que una escepcion del faisán comun, y he aquí lo que de él decia: «Puede mirarse ese faisán como una escepcion del faisán ordinario, que ha embellecido bajo un cielo hermoso; son dos ramas de una misma familia separadas desde largo tiempo, que sin embargo de haber formado dos razas distintas, se reconocen aun, puesto que se unen, se mezclan y producen juntos; pero es fuerza confesar que su producto tiene algo de la esterilidad del mulo, lo cual prueba mas y mas la antigua separacion de las dos razas.»

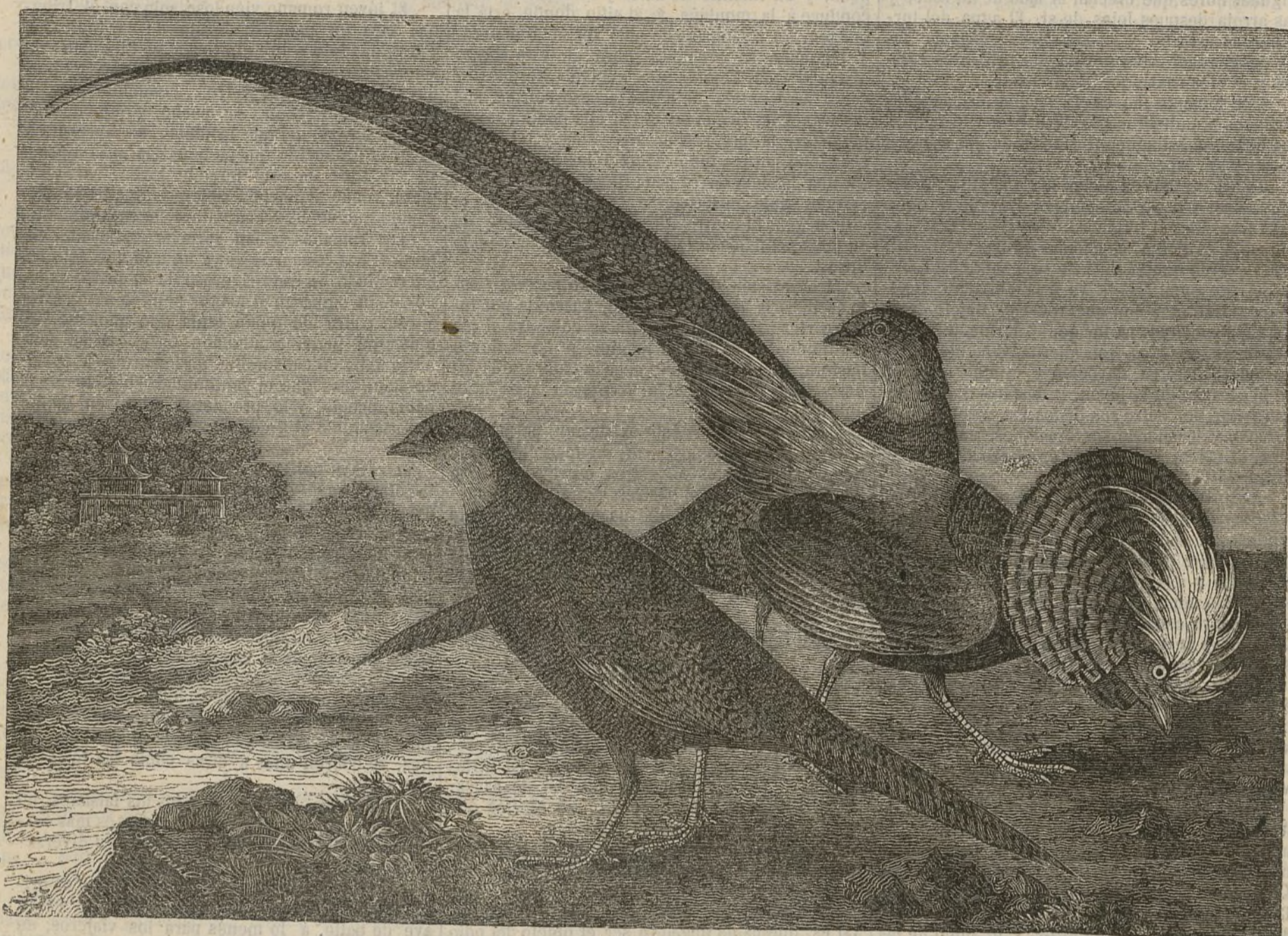
Tiene la hembra algo de singular que no se encuentra ni en la gallina, ni, segun creo, en ninguna otra ave; dejemos continuar á Buffon. «A veces llega á ser con el tiempo tan bella como el macho. Una en Inglaterra hase visto, en casa de milady Essex, que en el espacio de seis años habia cambiado su innoble color de becada, en el bello color del macho, del cual solo se diferenciaba por los ojos y por la longitud de la cola. Personas inteligentes, que han tenido proporcion de observar á esas aves, hánme asegurado que ese cambio de color se verifica en la mayor parte de las hembras, y que empezaba cuando tenían cuatro años, en cuyo tiempo el macho comenzaba tambien á mirarlas con disgusto y á maltratarlas; naciéndolas entonces plumas de esas largas y estrechas que en el macho acompañan á las de la cola. En una palabra, que cuanto mas entran en edad mas se parecen al macho, como poco mas ó menos se verifica en casi todos los animales. Mr. Edwards asegura haber asi mismo visto en casa del duque de Leeds una faisana comun, cuyo plumage se volviera parecido al del faisán, y asegura que semejantes cambios de colores solo tienen lugar en aves domésticamente criadas.»

Cuando se tratara de un animal estraño del

cual no le hubiese sido dado á Buffon juzgar mas que por apuntaciones informes, ó por descripciones mas informes aun, trazadas por viageros faltos de las primeras nociones de historia natural, nada de extraño tendria que hubiese incurrido en errores, pero el faisán dorado es una

ave que existia ya en su tiempo en todas las pajareras, que él vió mil veces y que pudo observar por sus propios ojos. ¿Qué es pues lo que debemos pensar de esta singular metamorfosis de la hembra en macho? Sin ánimo de erigirme en juez de un hombre tan justamente célebre,

por su ciencia, he aqui mi opinion respecto á eso. El faisán dorado es una ave que tarda muchos años en llegar á ser perfectamente adulta, y solo al cabo de tres años cumplidos empieza á tomar esos bellos colores que le hacen comparable al fénix: por tanto es muy probable que las



El faisán dorado.

personas que cita Buffon hayan tomado por hembras á machos que traian todavía la librea de la juventud. Sin embargo, es muy posible que por un juego de la naturaleza, no sin ejemplo, una hembra se haya revestido con la librea de un macho en parte á lo menos; mas nada probaria ese hecho aislado, que debería meramente mirarse como una monstruosidad hija del acaso.

Esta ave se alimenta, como el gallo y la gallina, con toda especie de granos, con insectos y hasta con carne, pues yo he criado dos durante algunos años con residuos de sebo ó con pan de chicharrones. Es poligamo, y un macho puede servir á cinco ó seis hembras. Estas empiezan á poner desde la edad de dos años, y se las deja empollar; hacen comunmente doce ó quince huevos mas rojizos que los del faisán comun, y un tanto parecidos á los de la pintada. Pero por lo comun, para mas multiplicar la especie, ó para sacar partido de los huevos, que se venden bastante caros, se les van quitando á medida que los ponen, y por este medio se logra que hagan de treinta á cuarenta durante el período de la primavera. Se hacen empollar por una gallina clueca, que cria muy bien á los pequeñuelos, sobre todo si durante los primeros dias se les da un alimento á propósito. Este consiste en huevos de hormigas, ó en su defecto, en claras de huevos duros amasados con migas de pan y corazon de buey, y deja de dárselos asi que los faisanes están acostumbrados á conocer y á tomar el pequeño mijo.

Para llevar á feliz término la educacion de los faisanes, hay rigurosamente que observar tres cosas: 1.^a, ponerles al abrigo del menor frio; 2.^a, preservarles igualmente de la mas ligera humedad; 3.^a, darles, en cuanto sea posible, aire y luz. Si se observan bien estas tres condiciones

indispensables, es seguro el éxito, sean cuales fueren los medios de que se eche mano para llenarlas. La vida comun de un faisán es de siete á ó ocho años; sin embargo, Buffon cita á un sugeto que ha conservado un macho durante quince años. Lo singular es que el faisán dorado es tan delicado para comer como el comun, es mas robusto y mas fácil de criar; y sin embargo, en Francia no se ha procurado multiplicarlo mas que como objeto de curiosidad.

EL LOCO Y EL FUEGO.—MORALIDAD. En la triste estacion en que las hojas en lugar de aparecer brillantemente esmaltadas por el sol y acariciadas por el ligero céfiro, se ven emblanquecidas por la escarcha y arrojadas á tierra por el cierzo rigoroso, un benéfico y poderoso señor paseando por sus posesiones, encontró un desgraciado transido de frio y moribundo lleno de miseria. Movido á compasion, dió al infeliz por pronto socorro todo el dinero que llevaba en su bolsillo, y cuando volvió á su magnífica casa de campo, se apresuró á hacer que uno de sus criados le llevase una abundante provision de leña con que pudiese preservarse de los rigores del invierno.

El pobre usó al principio con prudencia de este beneficio, contentándose con experimentar la dulce sensacion que el calor producía sobre sus helados miembros. Satisfecha esta necesidad, comenzó á mirar la llama y á recrearse en su resplandor. Para aumentar el placer que le causaba este espectáculo, fué arrojando nuevamente en su chimenea, tan pronto un leño, despues dos. luego tres, y en fin, luego tantos que la llama llegó á lo alto de la chimenea, comunicó el fuego al techo y abrasó en un instante su mezquina cabaña. Propagándose el incendio

á las inmediatas, en pocas horas quedó reducida á cenizas la aldea entera, y el imprudente, causa de esta desgracia, fué la primera víctima de su locura.

Comprended esto, amables niños, y cuando oigais que es preciso entregarse á las pasiones, porque estas son naturales en el hombre, responded que son como la provision de leña del loco. Dirigidas las pasiones por la razon, animan el alma, la calientan, la hacen obrar; pero el imprudente que se abandona á ellas sin medida, es consumido muy pronto por su violento ardor, y lo que es peor, es funesto para todo cuanto le rodea.

LA MENTIRA.—CUENTO ORIENTAL. Habiendo el rey condenado á muerte á uno de sus esclavos, por una grave falta, privado de toda esperanza de perdon, de nada se le daba cuidado, y asi habló é injurió furiosamente al rey. «¿Qué dice? preguntó el príncipe á su favorito:—Dice, señor, que las recompensas de la otra vida son para los príncipes que perdonan las ofensas, y os pide esta gracia.—Yo se la concedo, dijo el rey.» Un cortesano enemigo, de mucho tiempo del favorito, habia oido, por casualidad, las injurias del esclavo: Os engañan, sacra real magestad, dijo á su señor: este miserable os llena de improperios y maldiciones. «El rey lleno de prudencia y de virtud, respondió: «La mentira que se me ha dicho es humana, y tu verdad, cruel.» Y volviéndole la espalda y tomando á su favorito del brazo, le dijo: «Amigo mio, tú siempre me dirás la verdad.»